



MANUAL DE ESCRITURA PARA CIENTÍFICOS SOCIALES

cómo empezar y terminar una tesis,
un libro o un artículo

howard becker

sociología y política

Traducción de Teresa Arijón
Revisión de María Gabriela Ubaldini

MANUAL DE ESCRITURA PARA CIENTÍFICOS SOCIALES

cómo empezar y terminar una tesis,
un libro o un artículo

howard becker

con un capítulo escrito por pamela richards





siglo veintiuno editores argentina, s.a.

Guatemala 4824 (C1425BUP), Buenos Aires, Argentina

siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

Cerro del Agua 248, Delegación Coyoacán (04310), D.F., México

siglo veintiuno de españa editores, s.a.

Sector Foresta nº 1, Tres Cantos (28760), Madrid, España

Becker, Howard S.

Manual de escritura para científicos sociales: Cómo empezar y terminar una tesis, un libro o un artículo. - 1a ed. - Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2011.

240 p. ; 21x14 cm. - (Sociología y política)

Traducido por: Teresa Arijón

ISBN 978-987-629-167-5

1. Ciencias Sociales. I. Arijón, Teresa, trad. II. Título

CDD 301

Título original: *Writing for Social Scientists. How to Start and Finish your Thesis, Book, or Article* (The University of Chicago Press, Chicago, Illinois, USA)

© 1986, 2007, The University of Chicago

© 2011, Siglo Veintiuno Editores S.A.

Diseño de cubierta: Peter Tjebbes

Los dibujos reproducidos al comienzo de cada capítulo de este libro son de Claire Bretécher y fueron publicados por primera vez con el título de "Création" en Les Frustrés 3, © *Le Nouvel Observateur*.

El capítulo 1 fue publicado, con ligeras modificaciones, en *The Sociological Quarterly*, vol. 24 (otoño de 1983) y ha sido incluido en este libro con autorización de la *Midwest Sociological Society*.

ISBN 978-987-629-167-5

Impreso en Altuna Impresores // Doblas 1968, Buenos Aires, en el mes de mayo de 2011

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina // Made in Argentina

Índice

Prefacio	9
Prefacio a la edición de 1986	11
1. Rudimentos de escritura para estudiantes de posgrado. Un recuerdo y dos teorías	17
2. Persona y autoridad	45
3. La Única Manera Correcta	65
4. Editar de oído	93
5. Aprender a escribir como un profesional	119
6. Riesgo, <i>Pamela Richards</i>	139
7. “Sacarlo a la calle”	155
8. Abrumado por la bibliografía	171
9. Escribir con computadora	189
Una última palabra	217
Referencias bibliográficas	231

Prefacio

Escribí la primera versión de este libro a comienzos de la década de 1980. Me resultó muy fácil. Hacía ya algunos años que dictaba un taller de escritura para estudiantes de posgrado y esa experiencia me había dado mucho que pensar y varias anécdotas que contar. Las anécdotas casi siempre tenían una moraleja, una pequeña lección sobre por qué tenemos los problemas que tenemos para escribir, o una posibilidad de evitarlos, o una manera de enfocarlos que los volviera menos dificultosos. Cuando la publicación del primer capítulo en una revista originó debates, supe que tenía el comienzo. El resto del libro prácticamente se escribió solo.

Nada me preparó para el constante flujo de correspondencia de lectores agradecidos porque el libro los había ayudado a resolver sus problemas de escritura. Y no solamente los había ayudado: varios de ellos me confesaron que les había salvado la vida. Pero eso no era un testimonio de su valor terapéutico, sino más bien una reflexión sobre la gravedad de la cuestión de no poder escribir. Muchos me dijeron que acostumbraban regalárselo a los amigos que estaban padeciendo dificultades serias. No es sorprendente, dado que nuestro destino en los ámbitos académicos –donde escribimos como estudiantes, docentes e investigadores– depende en gran medida de nuestra habilidad para escribir un texto decente a pedido. Cuando uno no puede hacerlo, su confianza cae en picada. A su vez, eso entorpece el cumplimiento de la tarea de escritura, y así, casi sin darnos cuenta, no podemos encontrar la salida. Quizás por eso este libro, al sugerir nuevas maneras de afrontar esos dilemas, infundió esperanzas al prójimo y en algunos casos lo ayudó a lograr que la espiral girara en la dirección contraria.

Tampoco estaba preparado para las muestras de gratitud que recibí de personas provenientes de campos muy alejados de la disciplina de la sociología. La mayoría de los análisis que componen el libro son franca e indiscutiblemente sociológicos, dado que encuentran las raíces de los problemas de escritura –y sus posibles soluciones– en la organización social. En aquel entonces me parecía que muchos de los problemas específicos que son producto de esa prosa retorcida y casi ilegible que los lectores tildan de “académica” provenían de preocupaciones específicamente sociológicas, como, entre otras, la necesidad de evitar los postulados causales cuando sabemos que no contamos con las pruebas que esa clase de afirmaciones requiere (véase el capítulo 1). Así descubrí que los expertos en muchos otros campos –historia del arte, comunicaciones, literatura... una lista por demás larga y sorprendente– tenían dificultades similares. Si bien no había pensado en ellos al escribir el libro, no obstante este parecía hecho (también) a su medida.

Muchas cosas no han variado desde la primera edición. Pero algunas sí, por lo que parece adecuado decir algo acerca de los cambios y de cómo afectan nuestra situación en tanto escritores. Los cambios mayores son producto de las computadoras, que recién empezaban a utilizarse como medio de escritura cuando comencé a escribir este libro, y que hoy emplean casi todos los escritores. Hablo de esas innovaciones con espíritu optimista en los agregados al capítulo 9. Y me refiero a la organización de las universidades y la vida académica, acerca de las cuales tengo menos argumentos optimistas que expresar, en el capítulo 10. Espero que estos agregados al contenido inicial hagan que el libro continúe siendo útil a la hora de resolver preocupaciones y problemas relacionados con la escritura.

HOWARD S. BECKER
San Francisco, 2007

Prefacio a la edición de 1986

Hace varios años, comencé a dictar un seminario de escritura para estudiantes de posgrado de Sociología en la Northwestern University. Como explico en el primer capítulo, por entonces me encontraba dando clases privadas y terapia a tantas personas por separado que me pareció más económico reunir las y ofrecerles el mismo servicio. La experiencia fue tan interesante, y la necesidad de las clases era tan obvia, que escribí un artículo (el primer capítulo de este libro) al respecto. Lo envié a unos cuantos conocidos, en su mayoría alumnos que habían cursado el seminario y amigos. Todos ellos, y algunas otras personas que eventualmente lo leyeron, sugirieron otros temas que valía la pena considerar. De modo que continué escribiendo.

Confieso que esperaba esa clase de respuesta por parte de mis amigos y colegas, sobre todo de los que pertenecían al ámbito de la sociología, pero no el aluvión de correspondencia que comenzó a llegar, desde todos los rincones del país, de personas que yo no conocía, que habían recibido el artículo a través de un amigo y que lo habían encontrado útil. Algunas cartas eran muy emotivas. Los autores manifestaban tener graves problemas para escribir y aseguraron que la sola lectura del artículo les había dado la confianza necesaria para volver a intentarlo. A veces se preguntaban cómo era posible que alguien que no los conocía pudiera describir sus temores y sus preocupaciones con tanto detalle. Admito que me gustaba el artículo, pero sabía que no era para tanto. De hecho, la mayoría de los consejos específicos que incluía eran lugares comunes en los libros y las clases de composición en lengua inglesa. Supuse que mis lectores pensaban que el artículo era tan pertinente y útil porque, a la manera de C. Wright Mills cuando

establece la distinción entre “los problemas personales del medio” y las “cuestiones públicas de la estructura social” (1959, pp. 8-11), no analizaba problemas privados únicos sino dificultades comunes que formaban parte de la vida académica. El artículo se ocupaba exclusivamente de los aspectos relacionados con la escritura sociológica (después de todo, soy sociólogo de profesión), pero las cartas, para mi gran sorpresa, provenían de individuos de campos tan diversos como la historia del arte y la computación.

Si bien lo que tenía para decir aparentemente era útil para un buen número de personas diversas, yo no sabía lo suficiente acerca de todos aquellos campos como para poder hablar de sus dificultades específicas con conocimiento de causa. Por consiguiente, me he concentrado en los problemas específicos que entraña escribir sobre la sociedad, especialmente en el ámbito de la sociología, y dejo en manos de los lectores de otros campos la tarea de traducirlos a su área de interés. La traducción debería ser fácil, puesto que muchos clásicos de la sociología hoy pertenecen al mundo intelectual en su sentido más amplio. Durkheim, Weber y Marx le hablan a un público mucho más numeroso que la Asociación Sociológica de los Estados Unidos.

Cabe recordar que contamos con una gran cantidad de libros excelsos sobre técnicas y problemas de escritura (entre otros: Strunk y White, 1959; Gowers, 1954; Zinsser, 1980, y Williams, 1981). Si bien he leído algunos en el transcurso de mis seminarios, en rigor de verdad desconocía la existencia de ese campo de investigación y especulación que llaman “teoría de la composición”. Debido a esto, inventé ideas y procedimientos que ya habían concebido y debatido otros autores en la literatura de ese campo. Desde entonces, he tratado de remediar mi ignorancia y recomiendo fervientemente la lectura de esos ensayos, más sesudos y abarcadores. Muchos manuales de composición contienen excelentes consejos y observaciones sobre las fallas más comunes en la escritura, en especial en la escritura académica. Advierten contra las construcciones en voz pasiva, la verbosidad, el uso de palabras largas con sonoridad extranjera allí donde un término corto de la propia lengua funcionaría mucho mejor, y otros errores bastante comunes. Proveen asesoramiento sólido y específico

para ayudarnos a detectar nuestros errores y resolverlos. Otros autores (entre ellos: Shaughnessy, 1977; Elbow, 1981, o Schultz, 1982) también se ocupan de estos problemas –es imposible hablar acerca de la escritura sin mencionarlos– pero van un poco más allá y analizan por qué la escritura es, en sí misma, un problema. Revelan cómo superar el miedo paralizante ante la posibilidad de que otros lean nuestro trabajo. Sus largos años de experiencia en enseñanza de la escritura a estudiantes universitarios quedan de manifiesto en la especificidad de sus consejos y recomendaciones, y en la enorme atención que prestan al proceso de escribir antes que a sus resultados. Las mejores investigaciones sobre el tema (véanse, por ejemplo, Flower, 1979, y Flower y Hayes, 1981) analizan el proceso de escribir y llegan a la conclusión de que es una forma de pensar. Si eso fuera cierto, entonces el consejo que suele dárseles a los escritores –primero ponga en claro sus ideas y luego intente expresarlas con claridad– es errado. Sus apreciaciones en cierto modo respaldan mi propia práctica y mis enseñanzas.

Tradicionalmente, los manuales de composición más difundidos están dirigidos a los estudiantes universitarios (y no es para sorprenderse, puesto que es allí donde el mercado y la necesidad son más fuertes), aunque suele decirse, con tino, que quienes se desempeñan en el ámbito empresarial, en el gobierno o en la academia también podrían aprovecharlos. Pero los estudiantes de posgrado y los académicos con quienes trabajo (en sociología y en otros campos del conocimiento) han recibido clases de lengua inglesa, seguramente dictadas por profesores que conocen las teorías de composición modernas y emplean los nuevos métodos, y no les han servido de nada. Sus maestros les han dicho que utilizan construcciones en voz activa, que verifiquen la concordancia entre el pronombre y el sustantivo y otras observaciones de similar utilidad, pero ellos no hacen caso a los consejos. No consultan los manuales de composición que podrían ayudarlos a redactar con una prosa más clara, y, en caso de hacerlo, probablemente ignoran las recomendaciones útiles. Ni siquiera consideran las reprimendas periódicas que reciben de sus propios colegas (véanse, por ejemplo, Selvin y Wilson, 1984, y la parodia de Merton “Prólogo al Prefacio a la Introducción al Prolegómeno al Discurso sobre Cier-

to Tema”, 1969). Cualquier libro o manual destinado a ayudarlos deberá centrarse, por lo tanto, en *por qué* escriben como escriben, dado que ellos saben perfectamente bien que no deben hacerlo de esa manera. El manual en cuestión no sólo deberá mostrarles lo que han hecho mal y enseñarles a corregirlo, sino también ayudarlos en la transición desde su rol de estudiantes universitarios a su posición actual, que es por cierto muy diferente.

Los estudiantes universitarios no tienen los mismos problemas de escritura que los que tienen las personas de más edad. Redactan en pocas semanas textos breves, que en la mayoría de los casos no escribirían por gusto ni por decisión personal, sobre temas que desconocen por completo y que no les interesan en lo más mínimo, para un lector que, como bien dice Shaughnessy, “no elegiría leerlos si no le pagaran por ello” (1977, p. 86). Saben que lo que escriban en ese texto no afectará particularmente sus vidas. Por otra parte, los sociólogos y otros académicos escriben acerca de temas que conocen al dedillo y que les interesan muchísimo. Escriben para lectores que, esperan, estarán igualmente interesados, y no tienen otra fecha límite que la que les impone su situación profesional. Saben que su futuro profesional depende de la opinión de sus pares y superiores acerca de lo que escriben. Los estudiantes pueden distanciarse de aquello que escriben por encargo. Los académicos, novatos o profesionales, no pueden. Ellos mismos se autoimponen esa tarea al ingresar en la disciplina que han elegido, y deben tomarla en serio. Precisamente porque toman las cosas en serio, escribir los aterra mucho más que a los estudiantes (Pamela Richards describe ese miedo en el capítulo 6), lo cual hace que sus problemas técnicos sean todavía más difíciles de resolver.

A pesar del título del capítulo 1, no he reescrito un texto de rudimentos de escritura destinado a estudiantes de posgrado. No puedo competir con los textos clásicos sobre composición en lengua inglesa –cuyos autores saben mucho más de lo que yo sé o llegaré a saber jamás sobre gramática, sintaxis y otros temas clásicos– y no pienso intentarlo. Algunos de esos temas figuran de manera sumaria en mi texto, en gran parte porque estoy absolutamente seguro de que los estudiantes de posgrado y los jóvenes profe-

sionales de la sociología y otras disciplinas afines no buscarán ni prestarán atención a ningún consejo proveniente de otro campo que no sea el suyo. Deberían hacerlo, sin embargo. Pero si para que la escritura sobre la sociedad mejore fuera necesario exclusivamente que los sociólogos estudiaran gramática y sintaxis, jamás mejoraría. Además, los problemas de estilo y dicción en general implican cuestiones sustanciales. La mala escritura sociológica, como argumentaré más adelante, no puede separarse de los problemas teóricos de la disciplina. Por último, la manera de escribir de una persona depende de la situación social en la que escribe. Por lo tanto, necesitamos tener en cuenta (y esto resume la perspectiva general del libro) cómo la organización social “crea” los problemas clásicos de la escritura académica: estilo, organización y demás. En lugar de intentar escribir un libro sobre herramientas de escritura, algo que excedería mis posibilidades, he intentado responder a la necesidad de un análisis focalizado en los problemas peculiares que genera la escritura sobre la sociedad, mediante una aproximación a las dificultades técnicas que analizan otros autores del campo de la sociología. Me ocupó, de manera específica, de la escritura académica –y sociológica en particular– y sitúo sus problemas en el contexto del trabajo académico. (“How to Complete and Survive a Doctoral Dissertation” [Cómo terminar una tesis de doctorado y sobrevivir a ella], de Sternberg, se interesa más por la política del proceso –por ejemplo, la elección de los directores de tesis– que por las cuestiones de escritura.)

Sin falsa modestia, he escrito de manera personal y autobiográfica. Otros también lo han hecho (Peter Elbow, por mencionar a uno), probablemente por la misma razón que yo. A los estudiantes les resulta difícil imaginar la escritura como una actividad real llevada a cabo por personas de carne y hueso. Como observa Shaughnessy (1977, p. 79): “El escritor principiante no sabe cómo se comportan los escritores”. Los estudiantes no piensan que los libros son resultado directo del trabajo de alguien. Incluso los estudiantes de posgrado, que están mucho más cerca de sus docentes, raramente ven a alguien escribiendo, raramente ven borradores que todavía no estén en condiciones de ser publicados. La escritura es un misterio para ellos: mi intención es develar el misterio

y hacerles ver que los textos que leen son obra de personas que tienen las mismas dificultades que ellos. Mi prosa no es ejemplar, pero, como sé lo que conllevó redactarla, puedo explicar por qué escribí de esa manera, cuáles fueron los problemas que tuve que afrontar y cómo elegí las soluciones. No puedo hacer lo mismo con el trabajo de otros. Dado que hace más de treinta años que produzco escritura sociológica, muchos estudiantes y jóvenes profesores han leído parte de mi obra, y los lectores del manuscrito de este libro han afirmado que para ellos fue un alivio saber que los capítulos que lo integran me preocuparon y confundieron tal como su propio trabajo los preocupa y confunde. Por esa razón he dedicado un capítulo completo a mis propias experiencias como escritor.

El capítulo 1 fue publicado por primera vez, con ligeras modificaciones, en *The Sociological Quarterly*, 24 (otoño de 1983, pp. 575-588) y ha sido incluido aquí con la autorización de la Sociedad Sociológica Midwest.

Quiero agradecer a todas las personas que me ayudaron, en especial (además de los alumnos de las clases que he dictado) a Kathryn Pine Addelson, James Bennett, James Clark, Dan Dixon, Blanche Geer, Robert A. Gundlach, Christopher Jencks, Michael Joyce, Sheila Levine, Leo Litwak, Michal McCall, Donald McCloskey, Robert K. Merton, Arline Meyer, Harvey Molotch, Michael Schudson, Gilberto Velho, John Walton y Joseph M. Williams. Estoy particularmente agradecido a Rosanna Hertz por haber escrito la carta que inspiró el capítulo "Persona y autoridad" y por haberme permitido citarla de manera exhaustiva. La carta que me escribió Pamela Richards acerca del riesgo era tan completa y certera que le pregunté si podía incluirla en este volumen y con su firma. Me alegra que haya aceptado. Yo jamás habría podido expresarlo tan bien.